

---

## LA POESÍA TELÚRICA DE FRANCISCO CARRASCO

---

MANUEL GAHETE JURADO  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

Aunque en la evolución se contempla la calidad de una obra y la personalidad de un hombre, tanto éste como aquélla siguen renovándose en proceso permanente que incluso puede trascenderlos y reinterpretarlos. Por ello decir que una obra ha alcanzado el culmen cuando su autor sigue creando es una falacia y no responde, en la mayoría de los casos, a la realidad. Nos confesaba el poeta que, en este momento de su vida, superada ya la edad de la jubilación oficial, que no intelectual ni física, está escribiendo por primera vez poemas de marcado carácter sensual, corporal, carnal si nos atenemos al literal discurso del creador cuando define su más reciente caudal lírico. Francisco Carrasco sigue naciendo cada día, desde la raíces, y creciendo como un mitológico héroe solitario en las tierras de Tharsis de las que procede y a las que se entrega en íntima y solidaria comunión. Porque ciertamente es cordobés –y cordobés se confiesa– el que aun nacido en los confines septentrionales de El Andévalo, en la onubense Cortegana, es hijo por ascendencia y arraigamiento de este suelo que pisa, conoce y ama desde los seis años.

Poeta autodidacta reeconcibe haberse sentido vinculado en el principio de su escritura por la llamarada lábil y el ingenuo ardor del sevillano Bécquer, tantas veces mentor de los más jóvenes y recurrente página de artigadas y fértiles estéticas. En el río del tiempo confiesa haber traspasado la orilla en el encuentro definitivo con Luis Cernuda, –otro sevillano revestido por el oscuro don de la videncia y que tanto mal ha causado, sin pretenderlo, en el ánimo de toda una muchedumbre posterior de poetas, que al emular la riqueza intelectual de sus versos ha caído también en la ramplona tentación de dejarse hechizar por la fácil mutación de los preceptos rítmicos.

En el corazón de estos abismos, los friolentos símbolos panteístas de Aleixandre y su *Sombra del paraíso* y los serenos pasos del caminante Antonio en *Campos de Castilla*, comparten influencias y progenie con el fulgor exasperado y volcánico de *El rayo que no cesa* en los labios crispados del alicantino Miguel o los rubores

lumínicos de *La casa encendida* de Rosales. Todo un universo forjado por vigorosas voces de andaluces donde Hemández hinca su dulce aguijón casi hermano gemelo y sufriente de este sentir tartesio<sup>1</sup>.

Aunque por edad y su temprana dedicación a la escritura<sup>2</sup> podría integrarse en la “poética de los 50”, llamada por el gaditano Antonio Hernández la “promoción desheredada”<sup>3</sup>, Francisco Carrasco publica su primer libro *Las raíces*<sup>4</sup> en 1966, un año después de haber obtenido uno de los accésits del “Adonais”, el más importante premio de poesía de esta década. El poeta, primer crítico de su creación, explica en palabras el sentido de *Las raíces*, “poemario de contemplación mística, pero de un misticismo panteísta que se apropia, junto a las sensaciones que le llegan al poeta por las vías más urgentes del vivir, de un profundo sentimiento de la naturaleza”<sup>5</sup>.

Desde *Las raíces* se advierte en Carrasco una preocupación vital y vitalista por la Naturaleza, el regreso a las formas sencillas de la expresión poética, el endecasílabo quebrado en múltiples encabalgamientos, un feraz léxico empapado de alimentos terrestres, corazón y ojos expectantes a la luz, obsecuentes y dóciles en la contemplación absorta y cromática del paisaje anímico, de las geografías cotidianas, de tantos ecos múltiples aleándose en la memoria: “Caminos pardos de la tierra./...El habar, puro aroma de Dios./ El tiempo ocioso/ por las ramas altas. / El pájaro, la hoja, la tristeza,/ el campo solo, lejos/... Tejados de la tarde... caminados de musgo./ Claros jaramagos/ donde transita el tiempo./ La negra piel del gato... el diminuto vuelo del murciélago... Muy solo el hombre ama,/ mira el cielo,/ pisa la tierra, donde/ grana la luz, el pan, la vida”.

Como con todo acierto apunta Felipe Muriel, este libro se adscribe al impresionismo en su conformación visual y hasta en su estructuración sintáctica<sup>6</sup>, mostrándonos el choque emocional de un hombre ante el espacio abierto, turgente y jadeante de una imagería natural rebosante de frescura y fiebre. La naturaleza imbricada en el espíritu del poeta, gozoso en la entrega y el deseo, enervado y sereno en el olor, en el dolor de una tierra entrañada como un fruto o una espina: “árboles secos, heridos,/ pueblos solos, sin luna/ perdidos en el tiempo”. Rafael Morales destaca en este primer libro de Francisco Carrasco dos aspectos básicos que explican por sí solos el germen y la continuidad de su obra: El neohumanismo y el retorno a la Naturaleza, fundiendo ambos vértices en una misma esencia donde trasparece el “tono hondo, amoroso, ajeno a cualquier esteticismo lúcido o, simplemente, paisajístico”<sup>7</sup>. Esta comunión del hombre con el mundo natural

<sup>1</sup> Vid. MURIEL DURÁN, F. 1990. *Panorama de la poesía en Córdoba*. Cajasur. Córdoba. Pág. 68.

<sup>2</sup> Francisco Carrasco nace en Cortegana, partido judicial de Aracena, en marzo de 1930; y él mismo, en el libro reseñado (pág. 67) anteriormente, expresa: “Comienzo a escribir poesía en los primeros años de la década de los cincuenta”.

<sup>3</sup> HERNÁNDEZ, A. 1991. *La poética del 50: una promoción desheredada*. Endymión. 2.ª Edición. Madrid.

<sup>4</sup> CARRASCO, F. 1966. *Las Raíces*. “Adonais” Ediciones Rialp. Madrid.

<sup>5</sup> Cfr. MURIEL DURÁN, F. págs. 67 y 68.

<sup>6</sup> MURIEL, F. *Op. cit.* págs. 69 y 70.

<sup>7</sup> MORALES, R. 1966. “El retorno a la naturaleza”. *Arriba*. 11 de septiembre.

alcanza su explicación en el descubrimiento, más intuitivo que racional, de que ambos ejes temáticos y vividos se reconocen hermanados como obra de Dios, de quien comparten su “mansedumbre, orden y transparencia”<sup>8</sup>.

En la mística del paisaje el poeta halla que no todo amor es dulce ni serena toda la experiencia del hombre que pasa. El expectante gozo se quiebra y “en la clausura honda/ del corazón se siente/ crecer la propia sangre”. Cómo no adivinar, soterrado en la teofanía del júbilo, el profundo clamor humano que subyace en toda la obra del poeta, contrapunto fidelísimo de la realidad a la que no es ajeno: “Hay días que no encuentro/ dónde poner mi vida”. En torno a estos breves mas intensos sintagmas inicia timidamente un proceso interior que avanza en línea recta hacia “todos los que sufren/ y que aún no llevamos dentro del corazón”. La alegría serena, salpicante y generosa, se empapa de plegarias, de oraciones silentes, en búsqueda de luz; la luz que “inunda y hace brillar” las palabras del joven poeta; la luz que le obedece, calando huesos” y versos, dando “vida a las cosas, humanizándolas, animalizándolas”, aplicando las claves que apunta Carlos Murciano<sup>9</sup>; porque “para qué la alegría/ si no es compartida” nos advierte el poeta.

Como respuesta o esperanza, el mar que volverá intempestiva, incesante, tempestuosamente a calar en sus versos: “Suele venir la mar cada mañana... barcas llenas de luz amaneciendo”. “Hoy la mar ha llegado/ a la caleta honda/ del corazón”. “Olvidado el amor cruzó como una barca sola”.

Francisco Carrasco, desde su juventud, sorbe la vida como un licor suave y lento, sin sobresaltos. Quimérico, poseído por la nostalgia y el tempero de la paz y la lluvia, nos habla cálidamente, sin estertores, brusquedad o asperezas, desde una casa con ventanas encendidas, de tardes frías fuera y un lejano aroma de distancias sólo transgredido por la desgarradora mirada de todos los que sufren. Porque Francisco, el poeta, no inventa, vive, su poesía es, según el primosoro y erudito Ricardo Molina,

“en esencia simpatía con el cosmos. Mas no es un cosmos retórico y falso, no una abstracción científica. La poesía de Carrasco no opera con entes mentales. Su cosmos está al alcance de la diaria experiencia y en muchos momentos adquiere un tono de humildad y ternura franciscanas... Es una poesía palpitante...”<sup>10</sup>.

que confronta las razones arcanas de lo inarmónico con el equilibrio clásico de la obra de Dios. A partir de este hallazgo, la palabra deviene, más que contingente, inexorable.

Su trayectoria literaria se ha venido vinculando al grupo poético “Zubia”, de cuyos azares ha participado con intensidad hasta su crepúsculo, aun habiéndose incorporado a él tardíamente. Su amistad con los también integrantes de este grupo cordobés, Carlos Rivera y Manuel de César, queda reflejada en la memoria histórica, literaria y cotidiana de toda una década; memoria que el propio Francisco Carrasco expone con toda la intensidad humana que caracteriza su estilo:

<sup>8</sup> MURIEL, F. *Op. cit.* pág. 69.

<sup>9</sup> MURCIANO, C. 1966. “Poemas bastante jóvenes”. *La estafeta literaria*. 10 de septiembre.

<sup>10</sup> MOLINA, R. 1966. “La poesía de Francisco Carrasco”. *Diario Córdoba*. 21 de diciembre.

Recuerdo una mañana fría, del 70, Campo de la Verdad, nacido en la Coronada que ya residía en Córdoba y tenía un primer libro de poesía publicado, *La luz y el camino*, nos despedimos, pues a ambos nos recogería el autobús que nos integraría en nuestro trabajo cotidiano. Después nuestra comunión en amistad y poesía ha seguido latente. Debo decir aquí que yo había publicado mi primer libro *Las raíces* en la colección "Adonais"<sup>11</sup>.

Años antes, en 1967, se había iniciado su contacto con Manuel de César, a propósito de un homenaje al eximio don Luis de Góngora, que el poeta nos recuerda:

De Manuel de César ya tenía yo una carta en la que me emplazaba a un encuentro para intercambiar nuestra amistad mutua, que llegó en trance de homenajear a nuestro insigne don Luis con motivo de erigírsele por iniciativa del Ayuntamiento, el monumento que tiene en la plaza de la Trinidad en el 67. Manuel aún no tenía libro publicado. Por estas fechas se producían las aventuras fugaces de las revistas *Zaitún* y *Aljuma*...<sup>12</sup>

Su incorporación al grupo "Zubia" se realiza en el 1973, año polémico y tormentoso en que se provoca la desmembración del ya nutrido grupo de poetas y se establecen las bases del premio "Ricardo Molina" de poesía que, tras diecisiete años de permanencia y un *lapsus temporis causa*, vuelve a aparecer en este año de 1996 con su original nomenclatura.

El poeta deja memoria escrita de los hechos acaecidos durante esta etapa, vital y poéticamente fructífera, en estas líneas esclarecedoras:

Sería en el año 73 cuando me llegaba de la mano de Carlos Rivera la invitación a asistir a la tertulia que mantenían Carlos Rivera, Diego Peláez, José Ramírez, Francisco Gálvez, Rafael Madueño, Román Jurado, José Luis Amaro y Pedro Luis Zorrilla, jóvenes poetas cordobeses que se agrupaban bajo el signo de *Grupo Zubia*, nominación que aceptaron por iniciativa de Francisco Gálvez y publicaron su primera antología con el número 30 de la colección "Ángaro" de Sevilla en 1972 y se unía al grupo Manuel de César y algo después el que esto escribe y empezó la desmembración paulatina, unos dejaron la poesía, otros como Francisco Gálvez, José Luis Amaro y Rafael Madueño iniciaron una nueva publicación con la brújula de "Antorcha de paja", para cubrir la década 73-83. En "Zubia" persistió Carlos Rivera, Manuel de César y yo, y se nos fueron uniendo Mercedes Castro, Fernando Pérez Camacho, Juana Castro, Antonio Rodríguez Jiménez, Heliodoro Díaz, E. Patricia Martínez y Francisco y J. Castejón Montijano. Transcurría el año 73 cuando todos estos poetas alzaban la propuesta para la creación de un premio poético que se hacía ya necesario... fue en el Restaurante Castillo de la Albaida donde nacieron las bases para la convocatoria del que había de ser por espacio de diecisiete años el premio "Ricardo Molina" de poesía<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> CARRASCO, F. 1992. "Memoria poética" *Cuadernos del Sur*. (Suplemento literario del "Diario Córdoba"). Jueves, 17 de diciembre. Pág. VII/29.

<sup>12</sup> Carrasco, F. Ibidem.

<sup>13</sup> CARRASCO, F. Ibidem.

Inmerso en el panorama poético de Córdoba y en el maremágnum de sus circunstancias culturales, Francisco Carrasco, a la vez que comienza a colaborar en revistas del género (“Caracola”, “Poesía hispánica”, “Claraboya”, “La estafeta literaria”), sigue creando.

En el año 1975, un nuevo libro, de cuño personal, obtiene el premio “Rafael Morales”. No se publicará hasta cinco años más tarde. Su título *Con el tiempo en las manos*<sup>14</sup>.

El poeta irrumpe en la visión retrospectiva de la adolescencia, dejándonos un singular rescoldo de vivencias anímicas, “un canto a lo cotidiano, a lo familiarmente referencial. Unas veces proyectado a la luminosidad de lo rural, y con ello entroncando con la tradición cordobesa, y otras veces desarrollado sobre el panel de los intimismos más específicos”<sup>15</sup>. *Con el tiempo en las manos* es un libro de recuento, de reflexiones que se espacian a través de la memoria, que no van más allá de su existir concreto, del momento exacto en que fueron presentidas, pronunciadas. Como si definitivamente Carrasco se desnudara del ropaje absurdo y pesaroso de la vida, nos muestra su pensamiento en solitario, su destierro de ideas y razones; perdida la inocencia y, tal vez, la frescura de otro tiempo. En este proceso interior de reconocimiento y búsqueda, ya iniciado en su primer libro –tal es la esencia de la poesía– el poeta acalla las cimas líricas para ganar en profundidad. La emoción en los sentimientos se deslavaza tras una cortina de humo trenzada por la decepción y el cansancio: “Un día nos sentimos/ extraños a esta luz./ Las manos envejecen/ de soledad. Pusimos/ tanto olvido en los labios/ al promover la dicha/ que el corazón no supo/ prevenir su derrota”.

De aquel muchacho “con quien un día/ recuerdo haber salido/ de la infancia” sólo queda un extraño corazón que se lamenta de haber vivido poco, de arrastrar la fe pesarosamente y la vida como una carcoma solidaria que lo destruye todo. De la destrucción, como siempre, surge un nuevo nacimiento, y el poeta, más aplacado, más dueño de sus sentidos, tras el largo paréntesis del verso breve que acelera su confesión narrada y marcada por el torpe paroxismo de la realidad, recupera en el último instante, desconsoladamente, la belleza y verdad de la palabra. Y en este instante, Dios, empeñado en levantarse de sus húmedas cenizas, paciendo imágenes de oro y óxido en las geografías del corazón humano, donde el poeta se restablece de sus garfios y llagas, asumiendo su pasado, convirtiendo su vida en sustancia de su obra<sup>16</sup>.

En 1982 se edita en Málaga *Diálogos de la luz y los ojos*<sup>17</sup>. Editado tardíamente se trata indudablemente de un libro de juventud.

Aunque conserva la íntima musicalidad de *Las raíces* y su consuetud por la brevedad y los sucesivos encabalgamientos, este texto galopa inexorablemente

<sup>14</sup> CARRASCO, F. 1980. *Con el tiempo en las manos*. Colección “Melibea”. Talavera de la Reina.

<sup>15</sup> JURADO LÓPEZ, M. 1981. “Un tiempo muy personal”. *Pliegos de cordel. Diario Córdoba*. 18 de enero.

<sup>16</sup> ALFARO, R. 1981, mayo-junio. “Con el tiempo en las manos de Francisco Carrasco”. *Reseña*, n.º 132. págs. 5 y 6. Madrid.

<sup>17</sup> CARRASCO, F. 1982. *Diálogos de la luz y los ojos*. Colección “Ibn Gabirol” II. Publicaciones de la imprenta “Sur”, hoy “Dardo”. Málaga.

hacia los derroteros conculcados por el desencanto y la inefable crisis sorda del tiempo. El paisaje y la naturaleza, más inmersos ahora en el sentir del poeta que en su primer libro pero fluyendo intactos, reaparecen pinzados por la agilidad del verso corto y la hoguera de la edad. Libro de confidencias intimistas y rumorosas insistencias descubre prístino la predilección por los topónimos y los referentes locales que ya no se perderán a lo largo de su obra, aumentados y reelaborados por secuencias culturalistas y paralelismos convergentes.

En *Humano exilio*<sup>18</sup> el poeta crece, se desenmascara y doblega la voluntad de la palabra, incorporándola a su dominio. Ya no hay duda. El poeta ha encendido con potestad la luz más clara: “En la voz se me rompe/ toda la sed del mundo”. Fondo y forma se armonizan para crear el poema y su belleza conceptual y rítmica desarma todo embite cicatero, todo posible velo de escepticismo. El poeta maduro, hecho, nos canta y nos cautiva “Voy a hacer del amor una moneda/ con que cubrir el riesgo, por si un día/ nos queda el corazón al descubierto”. La experiencia íntima se desborda ahora sin cauces, sin riendas, sopesada y constricta por la fecundidad de las ideas y el rastro de la música. Un poeta grande acogido por la avaricia de los años con honestidad irrefutable. Carrasco nos demuestra su vocación de poeta instrospectivo; más que tribal, telúrico; creando a ráfagas y lágrimas un mundo poético donde no existen verdades ni soledades absolutas; un mundo evocado donde el amor se intuye, subyace, se eleva o se vislumbra debelado y heroico, efímero y eterno. No afirmaré que Francisco Carrasco sea un poeta técnicamente culto, formalmente perfecto. Sobran quizás palabras. Sin quebrarse el ritmo, la métrica esporádicamente se resiente y abundan como lastre los versos monorrimos, las asonancias internas que distorsionan o revocan un envolvente y consabido espacio semántico cuya monotonía marca, por contingencia, estilo y carácter.

Pero no nos llevemos a engaño, poetas consagrados pecan continuamente de similares ataduras. No se mide a un poeta por mero tecnicismo por formalismo puro. Su lenguaje, ofrendado a la música del corazón, está muy por encima de las arteras contradicciones, de los juicios de valor cientifistas, de los herméticos círculos –livianos y quebradizos en el análisis– que se encierran sobre sí mismos para no escuchar las voces de la verdad que duelen tanto como sus máculas. Francisco Carrasco es un poeta hondo, de talla indiscutible. Si no mágico, austero, de vocación urgente, de nítida palabra, de trascendido y trascendente acento. En muchos de sus versos trasparece diáfana la emoción, y el lector auténtico se sentirá turbado por esta extraña conmoción de serenidad y júbilo. Su entrega al hombre, a la naturaleza, a la vida, nos lega páginas inolvidables, versos humanos de incuestionable belleza

El mar aparece como símbolo de evasión y remanso desde “Las raíces” y empapa la producción del creador constituyéndose con tenaz persistencia en un

<sup>18</sup> CARRASCO, F. 1984. *Humano exilio*. Colección “Libros de Bolsillo”. Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial. Córdoba. La presentación del libro estuvo a cargo del poeta Manuel de César y se celebró en el Patio del Reloj del Palacio de la Merced de Córdoba, sede de la Diputación. Véase MUÑIZ ROMERO, C. “Por Góngora al Aula Juan Rejano. Poesía 85 en Córdoba”. El Correo de Andalucía. 6 de junio de 1985. Léase el texto de presentación de Carlos Rivera, empapado de auténtica fruición lírica, fruto de la amistad refrendada por el tiempo de ambos poetas.

núcleo aislado girando concéntricamente sobre sí mismo. En el siguiente libro de Francisco Carrasco, *Ciudad marina*<sup>19</sup>, este registro periférico se erige en definitivo protagonista. Partiendo de la epopeya clásica, el poeta recorre, como Ulises, territorios inexplorados en su poética. Itaca, Penélope, Telémaco, Nausícaa y tantos otros personajes de *La Odisea* homérica se tejen en la sutil y evocadora enramada de emociones que, desintegradas y surrealistas, arden sobre los versos telúricos del poeta.

Podríamos decir que Carrasco, deslumbrado por el fuego fático de la tradición culturalista, dispone su palabra al descubrimiento remozado de nuevas vertientes temáticas. Sumergido en esta riqueza clásica, Carrasco reinventa el mundo de la tragedia humana desde sus orígenes (Agamenón, Laertes, Orestes, Casandra); nos ubica en el ámbito añejo de míticos contrastes, de lugares eternos redivivos (Cnosos, Patmos, Éfeso), de olímpicos habitantes desheredados (Cronos, Minos, Orión, Tántalo).

Como a ellos nos arrastra a navegar sobre las olas delicuescentes de un mar envuelto en tormentoso frío, sombras, sirenas, voces desalmadas de Caribdis y Escila; y nos invade un nietzscheniano miedo, un desalentado espanto ante la vida, ante la muerte. Ya no podemos hablar del poeta sencillo de la serenidad y del nirvana.

Ahora se nos vuelve oscuro, cabalístico. Ascende verticalmente a inusitadas cúspides de niebla y, desprovisto de las antiguas vestiduras verticales, se recubre la piel y los huesos con signos irreconocibles, la faz con máscaras de factura esotérica, los sentimientos con veste de aburelado entramaje. El campo semántico de los textos se irroga sorpresiva, vertiginosamente. Se ha roto, de alguna manera, el proceso gradual en sus libros<sup>20</sup>. Ahora Carrasco se muestra esencialmente atraído por la palabra sonora, rompiente, catárquica; por el término culto, por la sucesión imparabile de vocablos poéticos, en algunos momentos altamente evocadores y significativos. Su ascensión formal —que por necesidad oscurece la expresión pero la realza estéticamente, abriéndose paso a la sugerencia y el misterio— también se advierte en la construcción sintáctica cortada por sucesiones reiterativas, retazos de sol, ráfagas o rayos deslumbradores. La metáfora informa el nuevo rumbo ignoto. El juego retórico se yergue impulsando un proceloso movimiento: desde el principio al fin se mantiene denso, equilibrado. Carrasco experimenta un notable cambio en su visión poética. La armonía utópica de la obra perfecta se ofrece tímidamente al poeta que se debate ahora entre la emoción y el sueño<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> CARRASCO, F. 1987. *Ciudad marina*. Colección "Polifemo". Cátedra "Juan Rejano". Excma. Diputación Provincial de Córdoba/ Área de Cultura. Córdoba.

<sup>20</sup> Véase el artículo de ALFARO, R. 1988. "La ciudad marina. Lenguaje de orfebre". Revista *Reseña* (De literatura, arte y espectáculos) págs. 40-41. Madrid. Enero. "*Ciudad marina* es un libro totalmente nuevo en la poemática de F. Carrasco. El poeta ha dado un viraje de 180 grados. Ahora nos encontramos con una poesía netamente estética, que busca en la belleza literaria el valor supremo. "Obsérvese también la relación que se establece entre el autor y los poetas de *Cántico*": "*Ciudad marina* reanuda una escuela poética, directa descendiente del quehacer de los poetas de *Cántico*".

<sup>21</sup> CÉSAR, M. de. 1986. "Ciudad marina" Diario Córdoba. pág. 25. Córdoba, 4 de octubre. Es muy interesante, en este artículo, el análisis de la vertebración bímembre —"alas del ave" como las señala M. de

Este mismo año se publica en Málaga, bajo el epígrafe de *Políptico del ingenioso hidalgo*<sup>22</sup>, un conjunto de ocho poemas relacionados con la simbología y el universo literario del famoso personaje cervantino. El primer poema formula la cosmovisión expresionista del autor que da vida, en la margen del sueño, a don Quijote (“ceniza de mil pueblos”), a Sancho, a Dulcinea, a Maritornes, a Rocinante, al rucio, al cura y al barbero. Ocho textos imaginativos, alumbrados por una metáfora sutilísima y casi acariciadora; mas espirituales que trascendentes; en la geografía de la piel, punzadas del alma.

Es curioso observar cómo en la nota a la edición se adscribe al poeta no sólo al grupo “Zubia”, con todas las implicaciones que en ello se adivinan, sino sobre todo a su cuna en la “Córdoba patricia”, remarcando el especial sello que esta ascendencia imprime en poesía. El *lapsus litterae* queda corregido en la reseña que el suplemento cultural “Cuadernos del Sur” dedica al breve libro de poemas, donde se reitera la fidelidad del poeta “en ascendente línea, a su clara y personal voz poética”<sup>23</sup>, auspiciada sin embargo por la aspiración retórica del arte por el arte.

Aunque sin renunciar en ningún momento a los contactos e influencias recíprocas de otros poetas y grupos, rasgo notable de su personalidad, su actividad humana y literaria se ha sentido siempre vinculada a la trayectoria poética y cultural del grupo cordobés “Zubia”, de tan considerable labor en la promoción y difusión de la poesía. Fruto de este interés guardamos en la memoria las colecciones “Polifemo” y “Galatea”<sup>24</sup>; siendo en esta última donde Francisco Carrasco publica su penúltimo libro de poemas titulado paradójicamente *Esperando el olvido*<sup>25</sup>. Sobre esta sugerente paradoja nos advierte el profesor Estévez Molinero, explicando que en la intencionalidad implícita de cualquier homenaje puede apreciarse la voluntad de recuperar del olvido, mediante la reencarnación verbal y personal, momentos que pasaron, alcanzando nuevas claves en el presente, proclives a enunciar el sentido de la contradicción<sup>26</sup>. Es evidente que se trata de un libro de homenajes, poemas en la mayoría de los casos escritos expresamente para las personas a los que van dirigidos, obsecuentes testimonios de la realidad, el afecto y la experiencia: “Yo tengo un rumor tuyo entre las hojas/ del jardín en otoño... Juan Bernier auspiciando la liturgia/ que noviembre nos abre con su

---

César— sobre la que se sustenta esta obra de Carrasco: Por una parte, el barroquismo sereno que impregnan la obra; y, por otra, su inclinación al uso del léxico religioso, espejo de su propio sentir.

<sup>22</sup> CARRASCO, F. 1987. *Políptico del ingenioso hidalgo*. “El Guadalhorce: Ángel Caffarena. Cuadernos de Raquel, 18. Málaga.

<sup>23</sup> Cfr. “la nota a la edición” de la obra anteriormente señalada; y la página II del suplemento cultural *Cuadernos del Sur*; dedicado a “Novedades bibliográficas” donde aparece la reseña del *Políptico del ingenioso hidalgo*. *Diario Córdoba*, jueves, 29 de octubre de 1987.

<sup>24</sup> Ambas patrocinadas por la Excma. Diputación Provincial de Córdoba, al cuidado e instancias del mencionado grupo cordobés “Zubia”: La primera concebida como descubrimiento de nuevas promesas y la segunda en homenaje o memorial dedicado a un poeta de estirpe y consolidada tradición literaria.

<sup>25</sup> CARRASCO, F. 1991. *Esperando el olvido*. Colección “Galatea”. Excma. Diputación Provincial de Córdoba N.º 2.

<sup>26</sup> Cfr. ESTÉVEZ MOLINERO, A. 1991. “*Esperando el olvido*, de Francisco Carrasco”. *Cuadernos del Sur*. *Diario Córdoba*. pág. III/27. Córdoba, 28 de noviembre.



láudano... Y ves pasar la tarde tras el humo/ en cálido oratorio, junto a Carlos,/... invocando la fe para otro día"<sup>27</sup>.

El joven crítico y poeta J. Sánchez Menéndez afirma que se trata de un libro de plena madurez, y basa su razonamiento, tal vez con cierto arrebató, en la consideración extrapoética de que la vuelta a la infancia denota maduración literaria<sup>28</sup>. Lo que me parece cierto y destacable en este libro es la conjunción armónica de los planteamientos ideológicos del poeta: "mi poesía toda está signada de un sentimiento humanista y dolorido y testimonial que da fe de mi tiempo histórico y sus condicionamientos"<sup>29</sup>, y el referente estético que no ha mermado desde *Ciudad marina*, sino que se ve acrecentado por la lectura ritual y un proceso renovado de intelección escrita, de sosiego retórico, de derramado caudal donde se aduna la nostalgia de lo vivido con el paisaje abierto del presente. Rafael Alfaro, persecutor de la palabra de nuestro poeta, se lamenta con certera causa del silenciamiento inexcusable de una obra emergente<sup>30</sup>, acuñada en la luz clara de la tierra y en el crisol de la dulce metáfora.

Este mismo año de 1991 se edita *Tierra nativa*<sup>31</sup>, un cuaderno constituido por ocho poemas escritos en arte menor que nos alerta sobre cómo es posible alcanzar, sin cerrar, la curva astral de un círculo, adivinándose en su concreción toda la frescura de los primeros versos y la riqueza forjada en el tas de la palabra materializándose durativamente. Tierra y sueño petrificándose enhebrados, desgarrados en el coraje de amarse y compartirse. Un paisaje telúrico que se trasciende a sí mismo y sobre su piel maculada se eleva; un paisaje de infancia, de pueblo, de soledad, de lluvia, de frío y de ausencia, de memoria y retorno. Un paisaje en que el poeta se reconoce y se siente vivo: "Y sentí en un momento/ que aquello era la vida". "Naturaleza y tiempo –no dice Carlos Rivera–<sup>32</sup> son las constantes fundamentales de la poesía de Francisco Carrasco". Y con conocimiento de causa nos recuerda las reveladoras palabras de Ricardo Molina sobre la obra del poeta, "poema único, porque una es la substancia y uno el acento"<sup>33</sup>.

No debemos olvidar –aunque el tiempo nos agota con sus zarpazos inoñbles– la labor crítica de nuestro académico sobre la obra de otros poetas, las tareas de coordinación del poeta en todas las actividades culturales de la vida cordobesa donde su apoyo es solicitado; la generosidad y solidaridad del hombre proclamadas en infinitas actuaciones y tema de otras tesis y análisis. En esta noche su palabra nos reconforta y nos seduce, nos abre puertas y ventanas en el alma para

<sup>27</sup> Este Carlos debe ser su amigo C. Rivera con quien compartía la amistad del fallecido poeta de "Cántico".

<sup>28</sup> SÁNCHEZ MENÉNDEZ, J. 1992. "Esperando el olvido". *La cuestión Sevilla*, 9 de marzo.

<sup>29</sup> MURIEL, F. Op. cit. *Panorama de la poesía en Córdoba*. pág. 68.

<sup>30</sup> ALFARO, R 1991, dic. "Esperando el olvido. A la manera de Proust". *Reseña*, n.º 223, pág. 40. Madrid.

<sup>31</sup> CARRASCO, F. 1991. *Tierra nativa*. Colección "Cuadernos de Ulía" XIX. Jorge Huertas, editor Fernán Núñez (Córdoba)

<sup>32</sup> RIVERA, C. 1992 "La poesía de Francisco Carrasco" en *Cuadernos de la Posada*. Ayuntamiento de Córdoba. Área de Cultura y Educación. N.º 4, dedicado a Francisco Carrasco, bajo el epígrafe *De ayer*, antología mínima de su obra Córdoba.

respirar. Dejémonos arrastrar por el viento telúrico de su íntimo universo:

“Es el momento cierto/ para que el hombre alcance/ toda la mansedumbre/ que brota de las cosas/... Que no me deje nunca/ este gozo que mana/ de la piel como un vuelo./ esta luz mansamente/ caída junto al hombre./ Dejadme aquí a la sombra/ de la luz,/ ahora que Dios madura/ en tomo al corazón”<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> RIVERA, C. *Ibidem*.